

MERCANTILIZACIÓN Y PATRIARCADO, O CÓMO EL CAPITALISMO EROSIONA LAS ESFERAS QUE SUSTENTAN LA VIDA

COMMODIFICATION AND PATRIARCHY, OR HOW CAPITALISM OVERWHELM LIFE SUSTAINABILITY

Gemma Cairó i Céspedes¹

Universitat de Barcelona

Recibido: 02.02.20

Aceptado: 20.04.20

Resumen

El proceso de mercantilización asociado al desarrollo capitalista ha implicado una progresiva desvalorización de dimensiones que devienen fundamentales para la sostenibilidad de la vida. Ello ha sido reforzado por el análisis económico convencional que centrado en la esfera productiva-mercantil ha ignorado muchas de las actividades vinculadas al proceso de reproducción social. Desde un enfoque de economía política se analiza como el proceso de mercantilización ha erosionado dos esferas centrales en el sustento de la vida: la base material que provee el medio natural y la esfera reproductiva y de cuidados. Con ello se pone de manifiesto las principales debilidades del análisis económico convencional el cual se concluye descansa sobre una mente patriarcal que nos aleja de una economía más humana.

Palabras clave: *mercado, reproducción, capitalismo, desarrollo, vida.*

Abstract

The process of commodification linked to capitalist development has led to a growing devaluation of social dimensions that became central to life sustainability. This phenomenon has been strengthened by conventional economics which focus its analysis on the productive and mercantile arena by ignoring some activities connected to other areas of the process of social reproduction. From a political economy approach it is analyzed how the process commodification has led to an erosion of the base of human sustainability as it is the material base provided by the environment and the reproductive and care dimension. We conclude identifying some weaknesses of the conventional approach which is based on a patriarchy view of the society that grow away from a human conception.

Keywords: *market, reproduction, capitalism, development, life.*

¹ gcairo@ub.edu

INTRODUCCIÓN. A FAVOR (O LA IMPERANTE NECESIDAD) DEL ENFOQUE REPRODUCTIVO EN EL ANÁLISIS ECONÓMICO

Son numerosas las aportaciones que desde la economía crítica² se han formulado sobre las limitaciones que presenta el enfoque ortodoxo neoclásico en su abordaje de los principales problemas socioeconómicos y contradicciones que enfrenta el mundo actual. Existe la percepción común de que la economía como disciplina ha abandonado su propósito original, a saber, como se organizan los individuos en una sociedad para garantizar su proceso de reproducción social, entendido como aquel proceso cuyo objetivo primordial es garantizar el sustento de la sociedad atendiendo a la satisfacción de sus necesidades y promoviendo su bienestar. La economía se ha ido desarrollando como una ciencia que analiza, de forma parcial y fragmentada, la realidad económica mediante la formalización matemática para concluir a menudo con verdades científicas que poco atienden a la realidad que enfrentan nuestras sociedades en su proceso de sustento diario. Ello radica en el hecho de que la economía convencional, desarrollada por la escuela neoclásica, aborda lo económico desde el individualismo metodológico y desde una lógica unilineal, alejándose de lo que sería una concepción más holística y social del proceso económico tal y como se concibe desde la economía política que, centrada en el estudio de las relaciones sociales de producción y distribución, entiende el proceso económico como un complejo proceso de reproducción social.

Los rasgos que se desprenden del análisis económico convencional, de carácter mecanicista, productivista y etnocéntrico, bien podrían asimilarse a lo que se ha denominado la lógica patriarcal, concibiéndose ésta como aquella sobre la que se asienta el orden del patriarcado. Entendido como *the rule of fathers* (Mies 1986), el patriarcado podría definirse como la relación de dominación del hombre tanto sobre la mujer (y las niñas) como sobre la naturaleza, la cual ha sido estructural a lo largo de muchas civilizaciones sustentada en una larga historia de explotación y opresión. Si bien el patriarcado no se desarrolló de forma universal, sino que lo hizo en sociedades como la judía, la árabe, la china o la indoeuropea, fue de hecho el auge y la expansión de la civilización judeocristiana europea la que condujo a la definitiva consolidación patriarcal a través de la conquista y la guerra. En este sentido, Naranjo define la reciente historia de la civilización como la historia de una sociedad gobernada por hombres y orientada según valores guerreros y comerciales descuidando aquellos valores maternos (y empáticos) orientados a la vida y a la comunidad derivando todo ello en "una sociedad mínimamente solidaria, en la que la competencia predomina sobre la colaboración, la agresión sobre el afecto y el individualismo sobre el interés en el bien común" (Naranjo 2015).

Lo subyacente a esta mente patriarcal, a saber, la *dominación* del hombre sobre su entorno ya sea humano o físico, es lo que aquí rescatamos como punto de partida de nuestro análisis de un sistema económico, el capitalista, cuyo principal objetivo es la acumulación de capital. El capitalismo, como forma de organizar las relaciones económicas de producción, distribución y consumo, se sustenta de hecho en la *articulación* entre el modo de explotación (capitalista) y el modo de dominación (patriarcal), sirviendo a un único fin, la obtención de excedente. Esta articulación queda claramente expuesta por Mies:

"... la explotación [...] siempre implica una relación creada y sostenida en último término por la coerción y la violencia. De ahí que el establecimiento de clases, basado por un lado en la apropiación del "excedente" [...] está intrínsecamente entrelazado con el establecimiento del control patriarcal sobre las mujeres, como las principales "productoras de vida" en sus dos aspectos" (Mies 1986: 66).

La tesis que en este trabajo se plantea es que el modo de dominación, de carácter patriarcal, junto con el modo de explotación, anclado en la estructura económica capitalista, ha conducido a la progresiva

² Una referencia reciente y completa la encontramos en Álvarez *et al.* 2012.

colonización por parte del capitalismo de ámbitos no mercantiles -básicamente la naturaleza y la esfera reproductiva- sobre los que descansa el proceso de reproducción social, socavando, por contradictorio que parezca, sus propias bases de sustentación. En este abordaje se opta por el enfoque estructural y holístico que caracteriza la economía política, la cual concibe el proceso económico y social como uno de carácter reproductivo cuestionando desde una triple perspectiva las principales debilidades del análisis económico convencional. En primer lugar, el enfoque ortodoxo descansa en la centralidad del *homo economicus*, considerándose este como el (único) sujeto del proceso económico, que no solamente se concibe racional y varón³, sino que además se caracteriza por estar aislado de su entorno, cuyo comportamiento viene determinado por sus preferencias (subjetivas) reveladas en el mercado. Desde el enfoque de la economía política se considera el individuo como ser social, y como tal, miembro de un entramado (social) donde establece vínculos con sus iguales y donde cada uno de ellos ocupa una determinada posición (en base a unas determinadas relaciones sociales) en la sociedad, de forma que sus intereses pueden diferir y pueden obviamente contraponerse. Se cuestiona así el individualismo metodológico que domina el enfoque convencional para poner de manifiesto que la naturaleza de lo económico se caracteriza por el carácter interdependiente de la realidad social, donde todas dependemos (y necesitamos) las unas de las otras, de modo que las relaciones de *interdependencia* explican el proceso económico en su totalidad.

En segundo lugar, el pensamiento ortodoxo dominante concibe lo económico como un proceso cerrado caracterizado por un circuito de doble flujo, de renta y bienes, realizado en el mercado, donde se produce el intercambio mercantil. Pretender así el proceso económico, aislado y exclusivamente de carácter mercantil, implica una visión reduccionista de la realidad social, no solamente porque olvida la esfera doméstica y de cuidados sobre la que descansa el proceso productivo sino también por obviar la interacción (y dependencia) del proceso económico con otros sistemas, como el entorno físico o el sistema político, los cuales se condicionan mutuamente. La lógica reproductiva que concibe el sistema económico como sistema abierto cuestiona tanto el supuesto carácter unilineal del proceso económico como el pretendido asilamiento de lo económico de su entorno más inmediato, reivindicándose así la continua *interrelación* que se establece entre sistemas de diferente orden.

En tercer y último lugar cabe señalar como la pretendida universalidad de las leyes económicas y el supuesto carácter eterno de las mismas que suscribe el enfoque ortodoxo conduce a una falacia en nuestra percepción de lo económico, en este caso ahistórica, al pretenderse la naturaleza del proceso económico como definida más allá del proceder de los tiempos. Aceptar el carácter histórico de la realidad económica, implica identificar las leyes que explican el funcionamiento de las sociedades a lo largo de la historia de la humanidad, identificando los rasgos específicos que en cada época han caracterizado las relaciones de producción, distribución y consumo. Reconocer los rasgos estructurales (capitalistas) de nuestra sociedad, como son por ejemplo el progreso, la competencia o la acumulación, niega el pretendido carácter neutro y natural del proceso económico ya que tales rasgos emanan de las propias leyes de la dinámica capitalista.

En definitiva, podríamos afirmar que la economía convencional caracterizada por un análisis económico dominado por el individualismo metodológico, el menosprecio de lo social y el carácter ahistórico del mismo, ha conducido a la ciencia económica a una supuesta supremacía disciplinar y a una falsa neutralidad que se ha ido construyendo a imagen y semejanza de su objeto de estudio, la economía capitalista, prepotente e individualista. La economía política nos ofrece un marco alternativo para abordar el tema objeto de estudio: como el dominio del valor monetario (mercantil) en el análisis económico conlleva la creciente ocultación y desvalorización de las esferas no mercantiles sustentadoras del proceso económico y de reproducción de la sociedad.

³ Y podríamos añadir: blanco y heterosexual.

LA CENTRALIDAD DEL MERCADO Y LAS TRES IES: INVASIÓN, INVISIBILIDAD E INVALIDACIÓN

Como es sabido el capitalismo se ha erigido como una economía *de* mercado, y no solamente economía *con* mercado, cobrando esta institución un papel central en la forma de organizar lo económico. La progresiva mercantilización de la sociedad asociada al desarrollo capitalista ha sido un tema central en el trabajo de autores como Marx, en su conocida crítica del "fetichismo de mercado", o de Polanyi, en su análisis de la "mercantilización forzada" de la sociedad. Este último afirmó que el desarrollo de la economía de mercado acaba conformando una *sociedad de mercado*, poniendo de manifiesto como el dominio del intercambio –entendida como una institución de integración social que difiere de otras como podrían ser la reciprocidad o la redistribución- acaba configurando el principio organizativo de lo económico entendido este como proceso de producción y distribución (Prieto 1996; Unceta 2015).

A diferencia de las sociedades precapitalistas donde lo económico estaba incrustado en lo social, por primera vez, la configuración de una economía de mercado (capitalista) conduce a que la esfera económica quede *separada* y aislada de lo social de forma que el mercado termina por dominar el quehacer social haciéndole altamente dependiente de aquel. De ahí que, como afirma Polanyi, una economía de mercado únicamente puede funcionar en una sociedad de mercado, proceso que fue posible a través de la mercantilización (forzada) del trabajo y de la tierra convirtiendo estos dos elementos en mercancías, si bien no habían sido producidos ni pensados para ser vendidos. Por ello el autor concibió esta mercantilización como la "ficción más eficaz jamás imaginada". Polanyi ya alertaba de cómo la economía de mercado y la propia civilización industrial contiene en su germen la semilla de la "destrucción de la sociedad" a través del sometimiento del ser humano:

"Se puede entender todo el alcance de este paso si se recuerda que 'trabajo' no es más que un sinónimo de 'hombre' y 'tierra' no es más que un sinónimo de 'naturaleza'. La ficción de la mercancía ha *sometido* el destino del hombre y de la naturaleza al juego de un autómata que se mueve por sus propias normas y se rige por sus propias leyes" (Polanyi 1947: 53) (cursiva nuestra).

Anteriormente Marx ya vino planteando en su tesis de la autodestrucción como son las leyes del capitalismo, basadas en relaciones de explotación, las que llevan implícitas sus propias contradicciones internas, las cuales, actuando como límites, acabarían conduciendo tarde o temprano al capitalismo a su propia destrucción.

A partir del análisis histórico de la evolución de las ideas sobre el proceso de desarrollo capitalista se observan hipótesis parecidas, como la de Hirsch, que enfatizaba los límites sociales de la sociedad de mercado al socavar esta los valores morales de la sociedad traducándose en el "menguante legado moral" asociado al capitalismo (Hirschman 2014). Sin embargo, a estas tesis se le han contrapuesto otras que han realzado las bondades del mercado, y del capitalismo, en base a su función civilizatoria. Concretamente, la dominante y hegemónica idea de la "bondad del mercado" se construyó a partir de dos puntos centrales: por un lado, la tesis del *doux commerce* que propugnaba que la expansión de las prácticas comerciales en los albores del desarrollo capitalista era un potente agente civilizador al llevar intrínsecamente asociados valores (supuestamente elevados) como la laboriosidad, la constancia, la probidad, la confianza o la frugalidad. Y, en segundo lugar, las bondades del mercado quedaron (definitivamente) ratificadas por la aceptación del *interés* –entendido como lucro y cuidado de los intereses propios- como un mal menor en la medida que éste podía actuar como pasión compensatoria de (lo que se consideraban) más bajas pasiones como la envidia o la lujuria.

Justamente, siguiendo a Hirschman, los atractivos de un mundo gobernado por el interés consolidaron la idea socialmente aceptada de que tanto el interés como el deseo de ganancia no solo eran inocuos, sino

que incluso eran buenos para la sociedad, convirtiendo así la execrable sed de dinero en algo inocuo, legítimo y sin culpa⁴. De hecho, el dinero, si bien profesa múltiples amores como tan bien expuso Simmel, al caracterizarlo como aquel que es inmune al desencanto -fruto de sus (aparentes) rasgos de impersonalidad y neutralidad- refuerza el carácter impersonal y neutro del propio intercambio, y en consecuencia también de las relaciones que de él se derivan. En este sentido Hardt (2011), siguiendo a Marx, analiza cómo el dinero corrompe al ser humano y socava sus vínculos sociales ya que el intercambio en el mercado, al estar gobernado por el dinero, distorsiona las relaciones que en él se dan:

"El intercambio de dinero de forma indiscriminada por cualquier cualidad u objeto parece hacer que todos nuestros poderes humanos esenciales sean *indiferentes*, distorsionando nuestras relaciones con el otro y el mundo, así como socavando nuestro poder para crear lazos sociales" (Hardt 2011: 679) (cursiva nuestra).

Partiendo, pues, de la hipótesis de que el desarrollo del capitalismo ha ido conformando una sociedad de mercado que ha desvalorizado progresivamente ámbitos centrales para el sustento y reproducción del ser humano, podemos identificar tres mecanismos centrales por los cuales ha operado este proceso (las 3 i): la *invasión* de la naturaleza como base material de la sociedad, la *invisibilidad* de la esfera reproductiva y del mundo de los cuidados y, como derivada de las anteriores, la progresiva *invalidación* de esferas vitales para el desarrollo de una vida plena.

Invasión, o como el mercado confunde inversión con destrucción

Un sistema económico como el capitalista, que persigue la obtención de excedente sin límite en un mundo (material) finito, ha conducido inevitablemente a la colonización mercantil de la naturaleza, la cual ha quedado sujeta y condicionada a las necesidades de la acumulación. En la civilización industrial se asiste a una creciente *invasión* de la naturaleza por parte de la acción humana convirtiendo todos los recursos naturales en potencialmente susceptibles de entrar en el ciclo del capital para ser rentabilizados.

La economía ecológica ha puesto de manifiesto los principales "agujeros" que presenta la economía convencional para abordar la creciente sobreexplotación y deterioro de la que en último término es la base material de sustentabilidad de la vida, la naturaleza. La forma en que la naturaleza ha quedado tradicionalmente conceptualizada por la ortodoxia económica puede resumirse de la siguiente forma: i) por el dominio de una visión antropocéntrica, en el sentido de que no solamente el hombre vive en la fantasía de que domina la naturaleza sino que además, y justamente como causa de aquella, concibe la naturaleza como un "algo", como una esfera, fuera del ser humano, convirtiéndolo en una forma más de capital, el cual es susceptible de ser explotado y rentabilizado; ii) por la ilusión de que los recursos son infinitos, creencia que se encuentra anclada en una superstición tecnológica que inhibe la consciencia de finitud y el límite de la base material del sistema; iii) por la centralidad del valor de cambio que impone un mecanismo de valoración de la naturaleza, el precio del mercado, con la consiguiente subvaloración de las externalidades negativas derivadas de la actividad económica, al no internalizarse el verdadero coste de los recursos ni de los impactos generados; y iv) como consecuencia de este reduccionismo mercantilista asistimos a una falta de valoración de las múltiples funciones que la naturaleza realiza, y de las necesidades que satisface -más allá de las mercantiles-.

Esta concepción de la naturaleza tiene su origen en la caracterización del proceso económico como sistema cerrado, lo que conlleva la (absurda y peligrosa) abstracción de los flujos e interrelaciones derivados de la actividad económica desvinculándolos de su entorno más inmediato, el natural, de donde no

⁴ Keynes reforzaba siglos después esta máxima cuando afirmaba que es mejor que el hombre tiranice su cuenta bancaria que a sus conciudadanos. Seguramente era inimaginable para Keynes lo que al final ha ocurrido, que ha sido la cuenta bancaria la que ha acabado por tiranizar al ser humano.

solamente toma los insumos necesarios para desarrollar la actividad, sino que también vierte los desechos derivados de la misma. Como tan claramente explicaba Georgescu-Roegen en su enfoque bioeconómico del proceso económico:

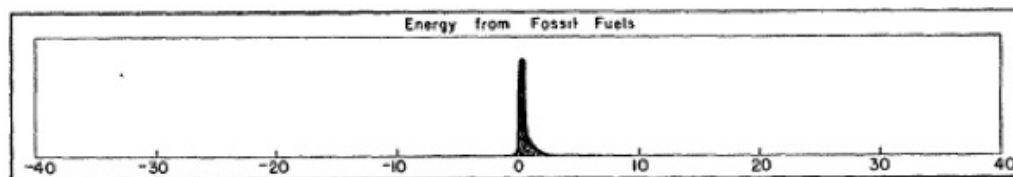
"Esta perspectiva del proceso económico como un ti vivo entre la producción y el consumo [...] es el síntoma más desconcertante de la epistemología mecanicista [...] El proceso económico no es una mecánica del interés propio y de la utilidad, aunque estos factores proporcionan algunas de las fuerzas motrices. El triste estado en el que se encuentra la economía estándar proviene del hecho de que el proceso económico está sólidamente anclado en el medio ambiente material [...] Lo que ocurre desde el punto de vista de los fenómenos vitales, tanto en el medio ambiente como en todo el universo, está sujeto a leyes, no de la mecánica, sino de la termodinámica" (Georgescu-Roegen 1977: 158).

Efectivamente, el proceso económico se entiende convencionalmente como un proceso de intercambio sujeto a las leyes (mecánicas) de la oferta y la demanda, cuando en realidad es más bien un proceso sustentado sobre una base material determinada por leyes físicas, de transformación y conservación -de la materia y la energía-. Con ello la economía convencional no solamente elude el análisis de la interacción entre naturaleza y sociedad, sino que además concibe la creación de la riqueza como un fenómeno principalmente crematístico. Como ya señalaron algunos de los precursores de la economía ecológica como Soddy, la riqueza no puede acumularse, sino que solamente puede gastarse, por lo que es necesario diferenciar entre la inversión en sentido físico, como gasto de recursos y energía para incrementar la capacidad productiva, y la inversión en sentido financiero, en cuyo caso implica la creación de una deuda (Martínez Alier 1987). En este sentido inversión y destrucción de recursos materiales serían las dos caras de la misma moneda, de forma que para Soddy la base material debería ser la última dimensión donde deberíamos buscar los límites del crecimiento económico.

Estos límites físicos del crecimiento económico fueron también estudiados por Goergescu-Roegen quien planteaba que de acuerdo con la ley de la entropía (o la continua degradación entrópica) a la que se ve sometida un sistema cerrado como es la Tierra, no solamente el crecimiento no es un estado viable sino que incluso el estado estacionario tampoco lo es, de ahí su contundente aseveración de que "la ley de la entropía es la raíz de la escasez económica" (Georgescu-Roegen 1977: 160). Por lo tanto, el análisis económico oculta una gran verdad por más obvia que sea: más creación de riqueza significa más agotamiento de recursos y este es el verdadero límite (físico) del proceso de acumulación. Ello nos remite a la tan discutida cuestión de la imposibilidad del crecimiento exponencial, que el capitalismo se resiste a reconocer⁵, ya que la mera dependencia de la actividad económica de la base material impide que pueda acumularse exponencialmente. A pesar de ello, la civilización industrial, dominada por el hombre del hidrocarburo, ha consumido en poco más de doscientos años los combustibles fósiles que tardaron cientos de miles de años en crearse (Marzo 2014). No puede ser más gráfico de ello la famosa curva que el analista geofísico Hubbert dibujó para mostrar que la era del carbono sería tan solo un instante en la historia de la humanidad (Gráfico 1). De hecho, solamente esta ingente disponibilidad de recursos energéticos puede explicar la posibilidad de construir una economía sustentada en el crecimiento continuo como lo es la capitalista por insostenible que esta sea.

⁵ Como tan contundentemente sentenció Bartlett al afirmar que la mayor deficiencia de la raza humana es nuestra incapacidad para entender la función exponencial (Bartlett 1998). Sobre esta cuestión puede consultarse Harvey (2014).

GRÁFICO 1 PERÍODO DE LOS COMBUSTIBLES FÓSILES EN LA HISTORIA HUMANA



Fuente: Hubbert (1949)

Nota: Uso de combustibles fósiles (eje vertical) durante el período histórico de 5000 años -antes y después- (eje horizontal)

Pero es que además el mercado no resuelve de manera convincente una cuestión que se le supone es una de sus misiones principales: la función asignativa a través del mecanismo de los precios. El problema de la asignación intergeneracional plantea la incapacidad del mercado para fijar un precio (de los recursos) que tenga en consideración las preferencias y necesidades de las generaciones futuras. El conflicto aparece cuando el precio, que de acuerdo con el enfoque microeconómico es el reflejo de la elección de los individuos a partir de las preferencias reveladas en el mercado, no puede en modo alguno reflejar las preferencias de las generaciones futuras (que todavía no han nacido). Si bien la ciencia económica ha intentado resolver parcialmente la cuestión de la asignación intergeneracional con la llamada tasa de descuento, infravalorando el valor actual de los beneficios, ello no ha resuelto la cuestión ética que le subyace, la cual estriba en que la tasa de descuento (sea alta, baja o incluso negativa) revela el mayor grado de preferencia de los agentes económicos por el presente respecto al futuro (Martínez Alier 2008). En conclusión, si bien el sistema de precios se muestra incapaz de expresar la insostenibilidad de todo el proceso, ello no ha quitado centralidad al precio como mecanismo de valoración desplazando al valor de uso y otras lógicas de valoración que de él se derivan -cultural, social, estética o espiritual entre otras- como herramienta para registrar los verdaderos flujos materiales (y vitales) que subyacen a los flujos monetarios.

Invisibilidad, o cómo el mercado descarga sobre la esfera reproductiva

En la medida que el proceso económico es un proceso basado en un conjunto de actividades de producción, distribución y consumo -las cuales requieren de un uso de fuerzas y energías, es decir, de trabajo- que tiene por objetivo garantizar la sustentabilidad material de la sociedad, es evidente que entre estas actividades se incluyen tanto aquellas orientadas a producir bienes y servicios destinados al mercado (y realizadas con trabajo remunerado) como aquellas actividades cuya finalidad es satisfacer otras necesidades que quedan fuera de la esfera mercantil. Estas últimas, si bien no están sujetas al intercambio monetario, son fundamentales para el sustento de la vida de las personas y son las que se inscriben en la esfera reproductiva. A pesar de ello, el trabajo vinculado al ámbito reproductivo, que no pasa por el mercado, queda normalmente oculto ya que al primar la lógica mercantil (y la acumulación de capital) se asiste a una creciente *invisibilidad* de este, no siendo valorado ni reconocido. El trabajo reproductivo orientado al sostenimiento de la vida es de carácter no mercantil, no remunerado y realizado mayoritariamente por mujeres, y puede definirse como un trabajo de cuidados que abarca actividades orientadas al mantenimiento de espacios y bienes domésticos, al cuidado de las personas (cuerpos, educación, formación) y al mantenimiento de relaciones sociales y apoyo psicológico a los miembros de la familia (Picchio 2001). Esta dimensión, vital para el desarrollo de las personas, no solo físico sino también psicológico y emocional, es imprescindible para que la otra dimensión del proceso de reproducción social, la esfera productiva, mercantil y remunerada, pueda funcionar.

A pesar de ello, la esfera reproductiva siempre ha sido la "cenicienta" de la economía, al experimentar aquella una sobrecarga cuyo valor producido en ella se desestima. El análisis económico ha tratado

tradicionalmente el trabajo vinculado al ámbito reproductivo de la siguiente forma: i) como un proceso natural, como si fuera un bien *libre*, que no es necesario valorar ni tomar en consideración para el análisis; ii) como una actividad que queda localizada *fuera* del proceso económico, quedando circunscrito al ámbito privado; y por tanto iii) como un proceso *separado* del proceso propiamente económico. Con el fin de poder visibilizar y hacer aflorar este trabajo reproductivo, y romper así con el reduccionismo del análisis económico convencional, es necesario adoptar analíticamente una visión *ampliada* del proceso de reproducción social identificando las tres funciones que realiza el trabajo reproductivo (Picchio 2001: 27): i) la función de *ampliación*, definida como la transformación de bienes y servicios realizada en la esfera doméstica (no remunerada) que conlleva una ampliación del nivel de vida⁶; ii) la función de *expansión* que significa también una ampliación del nivel de vida en términos cualitativos centrado en el trabajo de cuidado de las personas en ámbitos como la salud o la educación; y iii) la función de apoyo a la *selección* de la población trabajadora realizada en el mercado de trabajo de las personas efectivamente empleadas en los procesos productivos facilitando los procesos de adaptación.

Han sido las aportaciones de la economía feminista las que más claramente han cuestionado el sesgo androcéntrico del análisis económico que, centrando su análisis en el funcionamiento de los mercados, desestima la esfera reproductiva o la economía del cuidado. Ello lo podemos achacar a diferentes causas:

"Las primeras tienen que ver en general con las razones del patriarcado: no reconocer ni dar valor a la actividad de las mujeres y categorizar como universal y con reconocimiento social solo las actividades asignadas socialmente a los hombres. Las segundas razones guardan relación básicamente con el coste de reproducción de la fuerza de trabajo. Si solo con los salarios no se pudiese asegurar la reproducción de la población –y ni siquiera de la fuerza de trabajo- se estaría poniendo seriamente en duda la *independencia* de los procesos mercantiles" (Carrasco 2011: 212) (cursiva nuestra).

De hecho, el ámbito productivo (mercantil y remunerado) no podría sobrevivir sin los bienes y servicios que le presta el trabajo (no mercantil) reproductivo y de cuidados, por lo que más bien asistimos a una *dependencia* de la esfera productiva respecto de la reproductiva. Concretamente, la reproducción de la fuerza de trabajo necesita del trabajo reproductivo, y en última instancia lo que hace la esfera productivo-mercantil es "descargar" parte del coste de reproducción de la fuerza de trabajo en la esfera doméstica, por lo que aquel asume tan solo una parte del coste del factor trabajo, pagando por lo tanto por debajo del mismo. En otras palabras, el capitalismo externaliza el coste de reproducción de la fuerza de trabajo (igual que lo hace con la explotación de la naturaleza) lo que redundará en unas mayores ganancias de capital. Por lo tanto, además de que el trabajo reproductivo realizado mayoritariamente por mujeres está invisibilizado, está financiando el proceso de acumulación de capital y sosteniendo los beneficios. Como expone Mies al analizar el papel del trabajo doméstico en el marco del patriarcado capitalista:

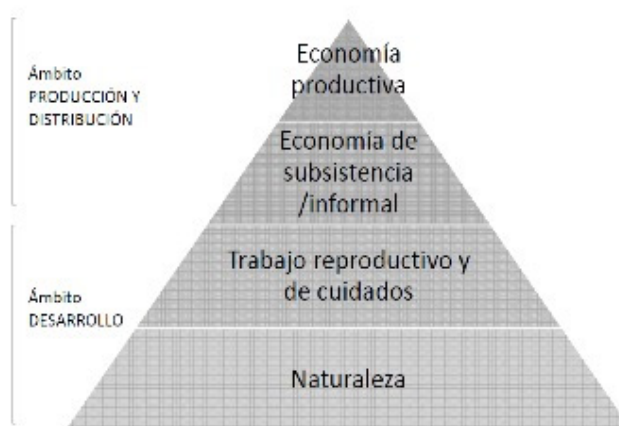
"...el trabajo de cuidados y crianza no remunerado en el hogar estaba subvencionando no solamente el salario masculino sino también la acumulación de capital. Además, al definir las mujeres como amas de casa, un proceso que entonces denominé *housewifization*, no solo hizo que el trabajo femenino no remunerado en el hogar se convirtiera en invisible, no registrado en el PIB [...] y "naturalizado" –es decir, tratado como un "bien libre"- sino que también su trabajo remunerado se considerase tan solo como suplementario al de su marido, el así llamado "sustentador de la familia", y por lo tanto devaluado" (Mies 1986: ix).

Por último, hay que destacar que en la medida de que estos dos ámbitos, el productivo y el reproductivo, responden a lógicas diferentes (e incluso opuestas) como son la acumulación de capital y

⁶ Como expone Picchio ello no solamente ha implicado la invisibilidad de la contribución del trabajo reproductivo a la riqueza social, sino que además ha permitido ocultar una parte significativa de los costes de producción (Picchio2001).

la sostenibilidad de la vida respectivamente, entran inevitablemente en conflicto enfrentando una tensión estructural. A pesar de ello ambas esferas son indisolubles e interdependientes, si bien esta dependencia mutua que se establece entre ambas es de carácter profundamente asimétrico fruto de la dominación del ámbito productivo sobre el reproductivo. Ello puede dibujarse en forma de pirámide donde queda reflejada la estratificación de las diferentes actividades necesarias para garantizar el sustento de la población, donde la esfera productiva aparecería como la punta del iceberg, visible, mercantilizada y remunerada, mientras que las otras dos esferas -imprescindibles para el proceso económico y directamente vinculadas al desarrollo, la de cuidados y la ecológica- quedan ocultas e inviabilizadas (Gráfico 2). Esta (estratificada) clasificación permite realizar una ordenación de abajo hacia arriba, donde la base, centrada en el ámbito del desarrollo, *sostiene* la parte superior orientada al ámbito de la producción.

GRÁFICO 2
PIRÁMIDE DEL PROCESO DE REPRODUCCIÓN SOCIAL



Fuente: elaboración propia a partir de Mies (1986) y Picchio (2001)

Este conflicto, asentado sobre una interdependencia asimétrica, se resuelve a favor de la esfera productiva y en perjuicio de la reproductiva y de cuidados ya que es en esta última sobre la que se *descarga* aquello que el mercado no puede, o no le es rentable, proveer. Esta tensión, que cabe decir dota de estabilidad al sistema en su conjunto, queda bien reflejada en los impactos negativos que de ella se derivan en términos de bienestar, tanto para quien realiza el trabajo reproductivo como para quien lo recibe. En primer lugar, porque en la medida que la esfera reproductiva asume una sobrecarga en términos de trabajo y esfuerzo como resultado de las propias necesidades del proceso de acumulación, esta carga se agudiza cuando el ámbito productivo tiene dificultades para cubrir las necesidades (a través de la remuneración) de la población. Ello es especialmente evidente en momentos de crisis económica, cuando sus efectos más nefastos, como la destrucción de empleo, la caída del ingreso monetario o la retirada del Estado en la prestación de servicios, se trasladan directamente al ámbito reproductivo, al tener que proveer éste aquellos bienes y servicios que no pueden satisfacerse a través del mercado –porque no hay capacidad adquisitiva o porque ya no se proveen públicamente, al haber sido privatizados-. Esta sobrecarga, por tanto, más o menos acuciante dependiendo del momento del ciclo económico y de factores institucionales, implica más trabajo para las mujeres tanto en términos físicos como psicológicos. Y, a pesar de que la elasticidad del trabajo doméstico no es infinita⁷, debido a las propias características de las actividades de cuidado –que entrañan un proceso no solamente material sino también moral y emocional- o debido

⁷ Al respecto, cabe señalar que el mecanismo de ajuste que representa el trabajo reproductivo hace que este se convierta en un elemento de gran elasticidad que garantiza flexibilidad a todo el sistema (Picchio 2001).

a se trata de actividades que no pueden desatenderse, hace que sean ellas, las mujeres, las que acaban soportando (en cuerpo y alma) lo que en definitiva son contradicciones del propio sistema económico.

Y, en segundo lugar, los impactos negativos en términos de bienestar derivados de dicha tensión también afectan a las personas que reciben el trabajo de cuidados ya que el desarrollo de las capacidades afectivas, relacionales, formativas de las personas entre tantas otras dependen directamente del trabajo reproductivo. Ello tiene que ver directamente con la especificidad del trabajo de cuidados, que, por su carácter intrínsecamente emocional, es donde se ubican aquellos aspectos –capacidades, aptitudes, actitudes- determinantes para el desarrollo humano y el bienestar de las personas. En definitiva, en la medida que la sostenibilidad de la vida, más allá de su aspecto material, incluye aspectos en gran parte inmateriales se hace imprescindible devolver la centralidad al ámbito reproductivo en términos de su contribución al desarrollo humano y a su vez cuestionar la entronización del mercado, revisando a la baja las posibilidades que este ofrece para conseguir el verdadero desarrollo o bienestar, como se expone a continuación.

Invalidación, o como la lógica mercantil prima en la valoración del bienestar

El desarrollo del capitalismo puede entenderse en términos sistémicos como el proceso histórico de expansión de la producción y el consumo asentado sobre los pilares del progreso (tecnológico) y la modernización (institucional). El "éxito" de la experiencia histórica de desarrollo capitalista en términos productivistas y tecnológicos ha cuajado en el pensamiento económico en forma de lo que podríamos denominar una visión rostowiana⁸ de la conceptualización de desarrollo dominada por una visión mecanicista, economicista y ahistórica junto con desvalorización de los dominios no mercantiles –la naturaleza y la esfera reproductiva- y la consiguiente *invalidación* de los mismos como elementos contributivos del bienestar y desarrollo de las personas. En otras palabras, la centralidad del mercado en la vida social y el dominio de su lógica antropocéntrica ha acabado definiendo la "noción de vida que merece la pena ser vivida" (Pérez Orozco 2014: 8).

Esta concepción ha significado asumir la creencia (peligrosa y casi religiosa) de que el desarrollo puede conseguirse solamente por una vía, la capitalista –a imagen y semejanza de los países ricos- a través de una única forma –mediante el crecimiento económico-, lo que ha conducido a una concepción lineal y economicista de la noción de desarrollo, identificando desarrollo con desarrollo *económico* y por extensión con crecimiento del producto (PIB). Este paradigma concibe el desarrollo primordialmente como "más", sea lo que sea, y lo mide a través del PIB a pesar de las múltiples limitaciones que éste presenta como indicador económico –al contabilizar como positivos (más PIB) aspectos negativos de la actividad económica o externalidades, y al ocultar (no contabilizar) la actividad no mercantil asociada a ámbitos vitales para el ser humano-. Es por lo tanto un nefasto indicador de bienestar:

"No distingue entre costes y beneficios, entre actividades productivas y destructivas o entre aquellas que son sostenibles y las que no lo son. La medida principal de bienestar de un país funciona como una máquina calculadora que añade pero que no sustrae. Considera todo aquello que ocurre en el mercado como una ganancia para la humanidad, mientras que ignora todo aquello que ocurre fuera del reino del intercambio monetizado, a pesar de su importancia para el bienestar" (Cobb, Halstead y Rowe 1995: 8).

A pesar de todo ello el PIB se ha erigido como el instrumento de medición de bienestar donde prima la esfera mercantil, productiva y de intercambio, e *invalida* los dominios vitales, el entorno natural y la dimensión relacional o comunitaria del individuo. Esta conceptualización economicista del desarrollo ya sea

⁸ Derivada de los postulados que Rostow formuló a finales de los años 1950s en su conocida teoría de las etapas del crecimiento económico.

en el sentido estrictamente cuantitativo de "opulencia" o aquel más cualitativo referido a la "utilidad" ha sido contundentemente cuestionado por Amartya Sen en su crítica a la concepción utilitarista del bienestar, donde plantea la errónea identificación de bienestar con utilidad, en cualquiera de las tres acepciones de esta última: elección, felicidad o deseo⁹. Sen es impecable, e implacable, cuando afirma que ni la elección – la cual incorpora más elementos que la búsqueda del bienestar-, ni la felicidad –que la define como un estado mental que no considera otros aspectos-, ni la satisfacción del deseo –que presenta un claro problema de valoración, ¿valoro porque deseo o deseo porque valoro?- pueden identificarse con bienestar, de forma que el desarrollo no puede en ningún caso considerarse con arreglo a los estados finales. Según Sen es la *capacidad* del individuo de conseguir realizaciones valiosas la que debe conformar un (nuevo) concepto de desarrollo desde una visión más amplia, el denominado desarrollo humano, donde se combina la noción de logro y la de libertad de elección (o agencia) en un solo concepto, el de *capacidad*. Esta aproximación amplía la noción de bienestar al permitir distinguir claramente entre felicidad, entendido como satisfacción material, y eudemonía, como cumplimiento (o florecimiento) de la naturaleza humana (Iglesias, Pena y Sánchez 2013: 576).

Este marco conceptual nos permite por un lado superar la lógica mercantil como validadora de la noción de bienestar, y por otro, visibilizar en qué medida las esferas vitales que contribuyen mayormente al desarrollo del ser humano son erosionadas por el mercado. En relación a la incapacidad de la lógica mercantil para convertirse en una buena herramienta en la valoración del bienestar podemos remitirnos a la denominada hipótesis de la adaptación que plantea como los individuos persiguen de forma creciente un mayor consumo de bienes materiales, los denominados bienes posicionales, los cuales en la medida que confieren un status o posición social en una escala jerárquica se pretenden y persiguen de forma creciente, lo que inevitablemente va en detrimento del consumo de otros bienes, los denominados relacionales, vinculados al ámbito afectivo y las relaciones interpersonales –como la amistad, la familia o la comunidad-. Ello tiene inevitablemente impactos sobre el nivel de bienestar:

"Los sujetos no dejan de percibir que, a causa de la adaptación hedónica y de la pugna social, las aspiraciones se modifican en función de las circunstancias efectivas de cada momento. Por consiguiente, se dedica una cantidad de tiempo desproporcionada a la obtención de objetivos monetarios, a expensas de otros bienes de carácter no material (por ejemplo, la vida familiar y la salud) disminuyendo el bienestar subjetivo respecto del nivel esperado" (Iglesias et al. 2013: 575).

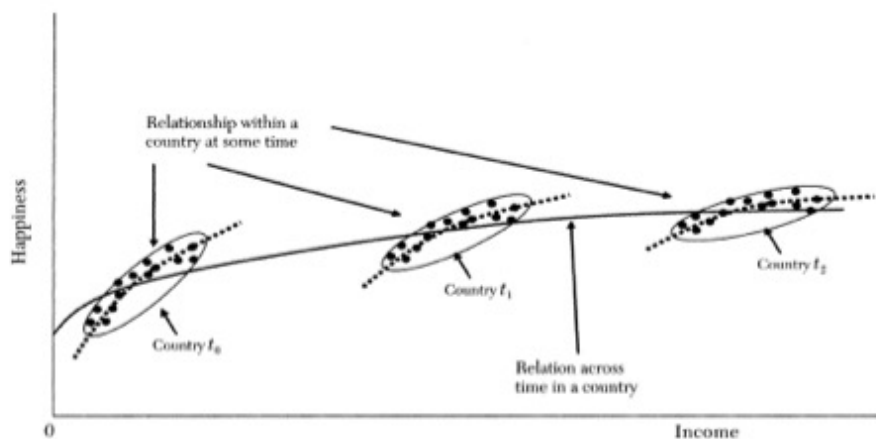
Este consumo creciente de bienes posicionales no podría explicarse sin considerar dos características propias del capitalismo que lo impulsan: la imperante necesidad del sistema económico de realizar el valor (o valorizar el capital) mediante la venta en el mercado de la (sobre)producción que el sistema genera, junto con la creciente desigualdad que conlleva la propia dinámica capitalista. La sobreproducción que necesita ser vendida ha llevado a desarrollar enormemente los mecanismos de publicidad de las empresas, reforzando el impulso consumista a través de la denominada publicidad de estatus, la cual da al consumidor una sensación de reconocimiento y valía propia mediante la compra de bienes (Sennett 2012: 201). A su vez, y en relación con la desigualdad, este impulso al consumo continuo lleva al individuo a un mecanismo constante de comparación con sus iguales. La "comparación odiosa"¹⁰ no solamente erosiona la confianza entre individuos, sino que además refuerza las diferencias más que las similitudes entre personas, lo que acaba socavando nuevamente los bienes relacionales, como podrían ser la cooperación o la solidaridad.

⁹ En su crítica al utilitarismo, Sen añade dos factores más: la imposibilidad de incorporar el concepto de igualdad y la incapacidad de incorporar las diferencias subjetivas (Sen 1985).

¹⁰ Según Sennett esta comparación odiosa, que explota el sentimiento de inferioridad, es fruto de una desigualdad (estructural) que ha sido internalizada desde que éramos niñas (Sennett 2012, 195).

Aparece por lo tanto un *trade-off* entre la persecución de objetivos materiales-monetarios por un lado y la consecución de objetivos de tipo más relacional no-mercantil por otro, siendo en cierto sentido excluyentes, ya que, si bien los segundos son intensivos en tiempo, la obtención de los primeros implica igualmente un uso de nuestro tiempo, el cual es obviamente limitado. En los años 1970s ya se planteó este *trade-off* a través de la conocida paradoja de Easterlin en la que se establecía un conflicto entre el nivel de ingreso y el grado de felicidad. La que puede denominarse como la "paradoja del progreso" plantea que, si bien en los primeros estadios del desarrollo económico un mayor nivel de ingreso conlleva una mayor satisfacción personal o bienestar, a partir de un determinado umbral de renta¹¹ un crecimiento del ingreso no reporta en igual medida un mayor bienestar (o felicidad), es decir, esa renta adicional presenta unos rendimientos decrecientes. De ahí que gráficamente esta relación ingreso-felicidad quede dibujada como una curva que presenta un progresivo aplanamiento mostrando como a medida que la sociedad se enriquece la felicidad está menos relacionada con los incrementos en el nivel de renta (Gráfico 3).

GRÁFICO 3
RELACIÓN ENTRE INGRESO Y FELICIDAD



Fuente: Clark, Frijters y Shields (2008)

De hecho, al observar empíricamente los resultados para un conjunto amplio de países no solamente se constata la concavidad de la curva, sino que además se observa una alta variabilidad en los niveles de satisfacción personal para países con parecidos niveles de renta (especialmente en el caso de países pobres), variabilidad que va disminuyendo a medida que la sociedad se enriquece (Cairó-i-Céspedes y Castells-Quintana 2016: 17). Ello indicaría tanto lo que ya se apuntaba (lo obvio, la valoración subjetiva del bienestar difiere entre sociedades más allá del nivel de ingreso) como que a mayores niveles de ingreso se asiste a una homogeneización del nivel de satisfacción a la baja, lo cual podría estar asociado a esta devaluación de otras dimensiones más relacionales y afectivas vinculadas al bienestar humano.

Este menor bienestar podría así asociarse al progresivo socavamiento del componente relacional en una economía de mercado capitalista que, en el sentido de Polanyi, acaba cristalizando en una sociedad de mercado. Ello queda reforzado por la evidencia de que no todo el consumo genera bienestar en el mismo grado ya que a medida que el proceso "civilizatorio" avanza se asiste a un creciente consumo de bienes y servicios que no siempre reportan mayores niveles de bienestar. Una primera explicación de ello la encontramos en el creciente consumo de bienes defensivos¹² –bienes necesarios, pero no deseados- a

¹¹ Se estima alrededor de 10.000 \$ anuales, entendidos éste como un mínimo de subsistencia.

¹² Mientras que los bienes de consumo defensivos -bienes necesarios, pero no deseados- se asocian a la libertad negativa, y por tanto a un menor bienestar, al tener por objetivo evitar un mal o un perjuicio, los bienes creativos – aquellos necesarios (o no) y deseados- estarían relacionados con la libertad positiva (Esteve Mora 1997: 36).

medida que avanza el desarrollo capitalista. Esta expansión del componente "defensivo" del consumo, no generador de bienestar, se relaciona directamente con los efectos colaterales e indeseados –económicos, sociales, medioambientales– que conlleva el propio proceso de crecimiento económico, al hacerse necesario producir bienes y servicios cuyo objetivo es neutralizar los efectos negativos que acarrea el "desarrollo", como sería el caso de los servicios de descontaminación o de seguridad.

Una segunda explicación de cómo la creciente mercantilización puede socavar el bienestar subjetivo la encontramos en la propia extensión y expansión del mercado en el sentido primordial de la mercantilización (principalmente de la fuerza de trabajo) que vincula de forma creciente las vidas al mercado, lo que va erosionando otras esferas vitales para el ser humano relacionadas con el ámbito reproductivo o no-mercantil, como el ocio, el cuidado propio o ajeno, o la vida comunitaria. Esta progresiva erosión necesita de sustitutos que compensen esa pérdida, y quien los sustituye es justamente el mercado, lo cual no solo implica una mayor y progresiva dependencia del mercado para satisfacer necesidades que tradicionalmente se han cubierto fuera del ámbito mercantil, sino que además la calidad de la provisión de ese bien o servicio puede variar considerablemente se haga por una vía o la otra. Sería el caso por ejemplo de actividades vinculadas al mundo del cuidado de las personas, así como de aquellas vinculadas a la mercantilización de la vida afectiva y sexual. Este último aspecto nos lleva a destacar el creciente uso capitalista de las emociones, especialmente a través del vehículo del deseo, al ser éstas mercantilizadas e incorporadas en el entramado productivo. Ello es resultado tanto de la necesidad que tiene el capitalismo de rentabilizar cualquier ámbito de la vida como del debilitamiento de la confianza en los vínculos humanos y en los compromisos que caracteriza la sociedad moderna, como tan bien describió Bauman. El llamado capitalismo de las emociones plantea como la cultura de la publicidad "ha transformado lo que es una adquisición material en una experiencia cultural saturada de iconos, imágenes y afecto" (Illouz 2009: 380), de forma que las emociones también son mercantilizadas en el sentido de que nuestros miedos, nuestras esperanzas, nuestros conflictos más íntimos se transforman en materia prima para ser introducidos en el circuito productivo e incrementar el consumo a través del estímulo del (sobrevalorado) deseo.

En definitiva, la mercantilización asociada al desarrollo capitalista implica tanto el consumo creciente de bienes de consumo que refuerzan nuestro estatus y posición en detrimento de otros bienes y servicios vinculados a lo relacional-afectivo como la progresiva sustitución de éstos por otros provistos por el mercado, de forma que éste acaba erigiéndose como el sustituto "perfecto" para aquellas pérdidas (de bienes, de servicios) irremediables asociadas al desarrollo capitalista y a la extensión del mercado. Con ello, el estado final de satisfacción instantánea prima sobre la consecución de un desarrollo de capacidades humanas. Por lo tanto, no solamente puede haber crecimiento y consumo sin que ello implique un mayor bienestar, sino incluso peor ya que se están erosionando ámbitos de la vida centrales para el desarrollo humano. Como bien sintetiza la expresión, el crecimiento puede ser, dicho en otras palabras, declive social (Cobb *et al.* 1995).

A MODO DE CONCLUSIÓN

Cuando Marcuse se refería al hombre unidimensional como una pieza más en el engranaje del sistema de producción y consumo, se refería a la ceguera de este hombre que, como un borrego en un cercado, es incapaz de ver más allá de los barrotes impuestos por la sociedad del bienestar. Ésta es la prisión del hombre moderno que vive anclado en un bienestar acomodaticio que lo anestesia de la vida en su sentido más existencial. Como decía Polanyi, la sociedad de mercado, y la concepción utilitarista, escindió las dos partes del ser humano, la económica y la no-económica, la racional y la no-racional, la material y la ideal, al crearse la persona que lo que dirige su vida son sus motivaciones económicas y materiales.

Los enfoques heterodoxos han ido desenmascarando las debilidades del análisis económico convencional para esclarecer la verdadera naturaleza de lo económico y desde ahí hacer visible y dar valor

a los procesos sustentadores de la vida que quedan ocultos bajo el manto mercantil. La superación del enfoque parcial, individualista y reduccionista del análisis económico ortodoxo ha contribuido desde las ciencias sociales, y especialmente desde la economía, a arrojar luz sobre cómo superar lo que podríamos denominar la dominación de la mente patriarcal -fragmentada, racional, científica, práctica, conformista y autoritaria-¹³ que ha guiado el enfoque económico ortodoxo y que caracteriza el diagnóstico y resolución de los conflictos de nuestra sociedad.

La sociedad capitalista, patriarcal y productivista, no solo desvaloriza el medio natural y la dimensión reproductiva como sostén y facilitador de todo el proceso productivo-mercantil, sino que les niega el reconocimiento como dimensiones vitales para el bienestar subjetivo y el desarrollo humano de las personas. El conflicto aquí planteado en términos económicos estaría reflejando a nivel psicosocial la *escisión* de la mente humana, que sometándose al reinado del patriarcado se rinde sin complejos al orden impuesto por el poder (de lo) económico y del dinero a la vez que reprime y devalúa lo afectivo y lo relacional, como la solidaridad o la cooperación. En palabras de Ortega y Gasset estaríamos ante esa extraña dualidad de prepotencia e inseguridad que anida en el alma contemporánea¹⁴.

El análisis aquí desarrollado bajo la expresión de las *tres ies* -invasión, invisibilidad e invalidación de las esferas vitales para la vida- vinculadas a la creciente mercantilización de la sociedad capitalista reflejan en última instancia la concepción que tenemos como sociedad del proceso de reproducción social, así como de nuestra (cosmo)visión del mundo. En ella quedan reflejadas los principales rasgos de la mente patriarcal, de quien el análisis económico ortodoxo ha sido un siervo fiel. Recapitulando, en primer lugar, podemos destacar la fragmentación (analítica) que ha caracterizado la economía convencional en su abordaje de la realidad social. Aquella, enraizada en la pretendida "independencia" de lo económico (productivo), ha implicado el descuido de las interrelaciones entre los diferentes sistemas que conforman aquella realidad, conformando un mundo anestesiado de sus verdaderas necesidades y dependencias para sobrevivir, a saber, del medio físico natural y del mundo de los cuidados. En segundo lugar, el racionalismo que ha dominado el análisis de la realidad social, caracterizado por la búsqueda de la exactitud mediante el formalismo matemático y anclada en la supremacía del abordaje científico del mundo, ha significado un análisis más preocupado por entender el mundo, y poder así manipularlo, que, por la búsqueda de una verdad más esencial del mismo, que muy probablemente superaría la lógica mercantil dando cabida a otras lógicas de valoración diferentes de aquella. Y, por último, el (pretendido) carácter aséptico y neutral del análisis económico fruto de la (supuesta) objetividad y supremacía de lo económico, lo deshumaniza, al considerarse éste exento de su vinculación con lo social, con lo humano, con los procesos de vida, entendidos estos en cualquiera de sus extremos, en su condición terrenal y de supervivencia o en su condición más trascendental. Como algunos ya han apuntado, que nunca habíamos entendido tanto y sabido tan poco.

¹³ Tal y como la describe Naranjo (2013) en su alegato a favor de una economía humanista.

¹⁴ En su libro *La rebelión de las masas*.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez, Santiago; Barceló, Alfons; Carpintero, Óscar; Carrasco, Cristina; Martínez González-Tablas, Ángel; Recio, Albert; Roca, Jordi (2012): "Por una economía inclusiva. Hacia un paradigma sistémico", *Revista de Economía Crítica* 14: 277-30. España: Asociación Economía Crítica.

Bartlett, Albert (1998): "Forgotten fundamentals of the energy crisis". Disponible en: https://www.albartlett.org/articles/art_forgotten_fundamentals_overview.html

Cairó-i-Céspedes, Gemma y Castells-Quintana, David (2016): "Dimensions of the current systemic crisis: Capitalism in short circuit?", *Progress in Development Studies* 16 (1): 1-23. Reino Unido: Sage Publishing. <https://doi.org/10.1177/1464993415608067>

Carrasco, Cristina (2011): "La economía del cuidado: planteamiento actual y desafíos pendientes", *Revista de Economía Crítica*, 11: 205-225. España: Asociación Economía Crítica.

Clark, Andrew, Frijters, Paul y Shields, Michael (2008): "Relative Income, Happiness, and Utility: An Explanation for the Easterlin Paradox and Other Puzzles", *Journal of Economic Literature* 46 (1): 95-144. Estados Unidos: American Economic Association.

Cobb, Clifford, Halstead, Ted y Rowe, Jonathan (1995): "If the GDP is up, why is America down?", *The Atlantic Monthly Digital Edition*. Estados Unidos: The Atlantic. Disponible en: <https://www.theatlantic.com/past/docs/politics/ecbig/gdp.htm>

Esteve Mora, Fernando (1997): "La falsa medida de la economía", *Ekonomiaz* 39 (3): 13-43. Bilbao: Gobierno Vasco.

Georgescu-Roegen, Nicholas (1977): "Bioeconomics: a new look at the nature of economic activity", *Revista de Economía Crítica* 23: 152-168. 2017. España: Asociación Economía Crítica.

Hardt, Michael (2011): "For love or money", *Cultural Anthropology* 23 (4): 676-682. Estados Unidos: American Anthropological Association. <https://doi.org/10.1111/j.1548-1360.2011.01119.x>

Harvey, David (2014): *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Ecuador: Editorial IAEN.

Hirschman, Albert (2014): *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo*. Barcelona: Capitán Swing.

Hubbert, M. King (1949): "Energy from Fossil Fuels", *Science* 109 (2823): 103-109. Estados Unidos: American Association for the Advancement of Science.

Iglesias, Emma, Pena, José Atilano y Sánchez, José Manuel (2013): "Bienestar subjetivo, renta y bienes relacionales", *Revista Internacional de Sociología* 71 (3): 567-592. España: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. <http://hdl.handle.net/2183/19818>

Illouz, Eva (2009): "Emotions, Imagination and Consumption", *Journal of Consumer Culture* 9 (3): 377-413. Reino Unido: Sage Publishing. <https://doi.org/10.1177/1469540509342053>

Martínez Alier, Juan (1987): "Economía y ecología. Cuestiones fundamentales", *Pensamiento Iberoamericano* 12: 41-59. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional.

Martínez Alier, Juan (2008): "La crisis económica, vista desde la economía ecológica", *Sin permiso*. España. <http://www.sinpermiso.info/textos/la-crisis-economica-vista-desde-la-economia-ecologica>

Marzo, Mariano (2014): "Energía, desarrollo, demografía y recursos naturales", *Dendra Médica. Revista de Humanidades* 13 (2): 182-196. España: Mediscript.

Mies, Maria (1986): *Patriarchy accumulation in a world scale*. Londres: Zed Books Ltd.

Naranjo, Claudio (2013): "Por una economía humanista", *Mediterráneo Económico* 23: 93-122. España: Cajamar.

Naranjo, Claudio (2015): "Una economía desde la vida y para la vida", *Wall Street International Magazine*. 5 octubre.

Pérez Orozco, Amaia (2014): *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital vida*. España: Traficantes de Sueños.

Picchio, Antonella (2001): "Un enfoque macroeconómico 'ampliado' de las condiciones de vida". En *Tiempos, trabajos y género*, editado por Carrasco, Cristina. Barcelona: Universitat de Barcelona.

Polanyi, Karl (1947): "Nuestra obsoleta mentalidad de mercado", *Mediterráneo Económico* 23: 51-61. 2013. España: Cajamar.

Prieto, Carlos (1996): "Karl Polanyi: crítica de mercado, crítica de economía", *Política y Sociedad* 21: 23-34. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

Sen, Amartya (1985): "Well-being, agency and freedom", *The Journal of Philosophy* 82 (4): 169-221. Estados Unidos: Columbia University.

Sennett, Richard (2012): *Juntos. Rituales, placeres y política de cooperación*. España: Anagrama.

Unceta, Koldo (2015): "Desmercantilización, Economía Solidaria y Buen Vivir. Propuestas desde el post-crecimiento". Instituto Hegoa, Bilbao: Universidad del País Vasco. Disponible en: https://www.uhu.es/IICIED/pdf/2_4_desmerc.pdf